

LUIS E. VALCARCEL (1891-1987)

Había nacido en Moquegua, aunque todo el mundo lo identificaba con el Cuzco donde se había educado y desarrollado una amplia vida académica. En su primer año universitario (1908) escribió un artículo sobre la religión de los incas; su último trabajo académico editado fue otro artículo sobre el mismo tema (*Historia del Perú*, Edit. Mejía Baca, T. III, 1980). No es una casualidad, fue una consecuencia de su permanente interés por los Andes, y de reconocimiento por la importancia de la religión en la organización de la población andina. Hombre de larga vida intelectual, Académico de la Historia, profesor universitario, historiador de los incas, gestor de importantes empresas (la más importante: el Museo Nacional), Valcárcel tuvo permanente actividad en la vida intelectual del Perú.

No está demás recordar que fue importante animador del grupo “Resurgimiento” en el Cuzco, que planteó criterios indigenistas antes que el grupo limeño de *Amauta* (donde también colaboró). Pero su obra de historiador debe analizarse en el contexto de la historiografía peruana. Durante el siglo XIX, el estudio de los Andes no tuvo un desarrollo particularmente interesante; en esos tiempos primaba el interés por la guerra de la independencia, punto donde la historiografía colocaba el origen de la nacionalidad. Las páginas de la *Revista Peruana*, fundada por Mariano Felipe Paz-Soldán, acogieron los estudios de Manuel González de la Rosa acerca de los cronistas, especialmente sobre Cieza de León, pero también incluyeron los escritos de Sebastián Lorente, quien escribió una Historia de la civilización antigua del Perú. Escribía en aquel tiempo sus ensayos Pablo Patrón. Sólo después del cambio de siglo,

cuando la *Revista Histórica* publicó el “Examen de la primera parte de los *Comentarios Reales*” de José de la Riva-Agüero, los estudios acerca de asuntos andinos comenzaron a tomar otra dimensión; se originó entonces una polémica en la citada revista, pues las críticas de Manuel González de la Rosa abrieron una amplia discusión que abarcaba lo conocido acerca de los incas. En 1907 había presentado su tesis en San Marcos Víctor Andrés Belaúnde; *El Perú antiguo y los modernos sociólogos* llamaba la atención acerca de que la gente dedicada a asuntos andinos no tenía —si era extranjero— un acercamiento real al país, pero a la vez, los autores nacionales no estaban en condiciones de trabajarlos, por ello reclamaba Belaúnde traducciones. Asimismo, pedía recuperar el interés por los Andes en la historia del Perú. En realidad, eran conscientes algunos de que los incas pertenecían en aquellos días a un pasado recuperable, pero eran un “pasado glorioso”, poco compatible con la población andina posterior a los mismos. La historiografía que se ocupaba de la colonia insistía aun en los aspectos de la administración central, y el hombre andino no era aun un personaje histórico activo en ella, salvo como el vencido de la conquista española, el mitayo de las minas o de las haciendas de coca. Poco se sabía de él si no era cuando se hablaba de las rebeliones.

Valcárcel comenzó a escribir —como se dijo— en 1908. Numerosas obras y una permanente actitud de divulgación presidieron su vida intelectual; ello explica los numerosos artículos escritos para periódicos, a la par que sus libros y trabajos académicos. Pronto despertó a una vocación indigenista, que lo llevó a resaltar la actividad del hombre andino y a reclamar la atención de los especialistas, de un lado, y la comprensión de los profanos, de otro, a los problemas que la población andina atravesaba. El indigenismo de Valcárcel es particularmente importante, no sólo porque desarrolló en los propios Andes, sino porque asumió rápidamente posturas propias; mientras otros preferían actitudes románticas, Valcárcel reconoció la importancia de la educación, y desarrolló fértiles esfuerzos en dicha línea. No era en una urna de cristal donde se iba a conservar a la población andina.

Su obra historiográfica dio un paso importante cuando en 1925 publicó *Del ayllu al Imperio*. Valcárcel seguía allí líneas abiertas a fines del siglo anterior por el alemán Heinrich Cunow, quien había escrito importantes estudios que abrían una puerta hacia el conocimiento de la sociedad andina previa a la invasión española. Desde perspectivas evolucionistas, Cunow identificó el ayllu con la comunidad primitiva, Valcárcel continuó la línea de pensamiento hasta plantear la formación del Tawantinsuyu también dentro de un esquema evolucionista. Cunow reconocía en el ayllu el antecesor de la moderna co-

munidad indígena, tesis que los indigenistas recogieron con entusiasmo; si bien hoy se sabe que la comunidad contemporánea se originó más en las reducciones españolas del XVI, la investigación andina se desarrolló a partir de los supuestos anteriormente indicados.

Luego de muchos trabajos, y ya trasladado a Lima, Valcárcel publicó su *Historia de la Cultura Antigua del Perú* (1943-49); había en este nuevo libro una aproximación importante, iniciada desde que en los años 30 Valcárcel realizara excavaciones arqueológicas en Sacsaywaman, en las cuales el arqueólogo y el historiador trabajaron a la vez: se hizo arqueología con las crónicas en la mano. El nuevo libro de 1943-49 abrió la puerta a la antropología, y Valcárcel trabajaba ahora en busca de alianzas interdisciplinarias que permitieran una mejor comprensión de los Andes. Justamente en esos días la arqueología y la etnología comenzaban a desarrollarse entre nosotros, y ello permitió una importante evolución en el pensamiento y la docencia universitaria de Valcárcel: en 1959 publicó *Etnohistoria del Perú Antiguo*, un libro donde el título era una llamada de alerta a la historiografía tradicional, a la vez que reclamaba una comprensión histórica más cabal de lo andino. La misma era posible en lo que se llamó una “antropología retrospectiva”, es decir, en la utilización de criterios antropológicos para trabajar la documentación colonial, específicamente las crónicas. No sólo abrió estas puertas la docencia académica de Valcárcel, sino insistió en la necesidad de reevaluar las fuentes escritas, llegando en su caso a editar crónicas, como la *Miscelánea Antártica* de Miguel Cabello Balboa o el *Memorial* del franciscano Buenaventura de Salinas.

La vida académica y pública de Valcárcel se halla nutrida de los Andes, ello se muestra diáfananamente en sus *Memorias* (1981); se hizo visible en una amplia producción que recogía tradiciones orales andinas (*Mirador indio*), y se materializó en forma peculiar en una serie de libros que recogen su pensamiento indigenista: destacan *Tempestad en los Andes* y *Ruta cultural del Perú*, que plantean problemas relativos a la situación de la población andina en la formación del Perú contemporáneo; pasado, presente y futuro son hermanos en estos libros de lucha, de reivindicación, de búsqueda de caminos, donde la comprobación de la vigencia de la población andina hizo que el primero recibiera entusiasta aprobación de Mariátegui (en un prólogo que calificó prematuramente a su autor en términos ideológicos), habiéndose indicado que el segundo libro refleja una reflexión que no excluye la integración. En 1927, en una conferencia recogida en *Tempestad en los Andes*, Valcárcel afirmaba en buenas palabras que el “antiguo régimen”, es decir, la “república de españoles” originada en la colonia, finalizaría cuando la población andina

ocupara las ciudades. Los trabajos posteriores, específicamente *Ruta cultural*, darían otro tono a las demandas y se aplicarían muchas energías a la educación, fue así Ministro y participó en proyectos de educación rural y selvática. *Ruta cultural* es un proyecto indigenista, no sólo un reclamo, busca hacer entender el país por integrarse, basando las pautas de integración en el reconocimiento de la población andina.

Todo lo anterior define la obra de Valcárcel, historiador, indigenista, profesor de peruanidad.

*Franklin Pease G. Y.*